

Sentido antropológico de la medicina y del hospital. Parte 1

Anthropological sense of medicine and hospital. Part 1

Gonzalo Soto Posada¹

INTRODUCCIÓN

Quien escribe estos renglones tiene una precomprensión del mundo a la que no puede renunciar cuando hace el ejercicio de escritura, de pensamiento y de producción de conceptos; su ejercicio hermenéutico, por lo mismo, no es neutral ni aséptico ni objetivamente objetivo en su objetividad; del iluminado de Sils María, Nietzsche hemos aprendido que no hay hechos sino interpretaciones; lo que presentamos es una interpretación del hecho medicina y del hecho hospital, tal vez en contravía de lo que hoy es, muchas veces, el hecho hospital y medicina interpretado únicamente desde el paradigma del mercado como mercancía, ganancia y juego de oferta y demanda según la objetiva, implacable, necesaria, absoluta y universal “ley” del libre juego del comercio; además, quien esto escribe es hijo de médico y vivió en clave vital y hermenéutica un ejercicio de la medicina por fuera del mercado y de la demanda que todo lo regula; de mi padre médico aprendí que la medicina es servicio, donación, cuidado, amor amoroso, ágape de la entrega; no una sumatoria de ganancias, mercancías, reivindicaciones salariales y gremiales, competencia y competitividad en aras de la riqueza y del enriquecimiento con base en el dolor del otro como mercancía médica y hospitalaria; este ejercicio médico de mi padre me reveló el sentido humano y humanista, no sólo del oficio médico, sino de cualquier oficio humano: servir y darse en la donación gozosa del don como vela desplegada en el cuidado de los otros; antes de mis lecturas filosóficas y

médicas ya había aprendido que el sentido de la vida es la amistad y el amor, no el odio, la competencia destructiva, el juego del mercado por el mercado; recuerdo con emoción y cariño a mi padre médico en su consultorio, en sus viajes a veredas y montañas de mi natal Caldas, montado en caballo, con el agua a todo mojar, con truenos y relámpagos, sin luz eléctrica en la pobre vivienda del campesino enfermo, sin los ejercicios del hoy médico típicamente urbano y lleno de exámenes y laboratorios; su ojo clínico era su aliado y su laboratorio y su hospital; en las veredas de mi Caldas, a veces a horas y horas de la cabecera municipal, no había tiempo para exámenes y laboratorios; incluso mi pueblo mismo en su modesto hospital no tenía los recursos de la actual cibernética medicina con sus radiantes inventos informáticos; Medellín mismo era un fantasma que sólo podía ser usado en caso de necesidad extrema; pero el ojo clínico de mi padre acertaba y cuidaba de su amigo el “paciente”, no pidiéndole cuánto y cómo podía pagar, sólo sirviéndole y ayudándolo en su enfermedad y dolor; mi padre tenía un sentido de la medicina como entrega y donación, no como “dime cuánto puedes pagar y te diré si te atiende”; su opción cristiana también se expresaba en este donarse y cuidar: el otro no era el extraño sino el prójimo en su dolor como rostro de Dios y del Iluminado de Nazaret en su bello poema de las Bienaventuranzas: en los enfermos brilla el rostro de la experiencia sacral como fiesta del regalo y del respeto en tanto *praecultio*, no reducida solamente a cálculo, planeación, prospectiva y rentabilidad. Esta

¹ Docente Facultad de Teología. Universidad Pontificia Bolivariana

Correspondencia: Gonzalo Soto Posada gonzalosoto@une.net.co

Fecha de recibido: marzo 1 de 2008

Fecha de aprobado: junio 28 de 2008

hermenéutica existencial aprendida de mi padre no se ha alejado de mi vida y mi mundo; sigue ahí como idea y creencia, como mapa vital de mi proyecto de vida; no puedo zafarme de ella y espero no hacerlo: el *mos maiorum* sigue ahí, no como tradición muerta y arqueológica sino como reto vital y experiencia de mundo; por lo mismo, al escribir estas líneas no puedo dejar de lado todo lo anterior y como horizonte de comprensión injertarlo en mis reflexiones sobre la medicina y el hospital; no me avergüenzo de ello ni lo doy como un mito en el sentido peyorativo de la palabra; es un mito como leyenda en su sentido originario y radical: expresión de las experiencias límite de toda cultura, entre ellas el dolor y la enfermedad que, al ser volcada como leyenda, se convierte en *lo que debe ser leído*, es decir, en mediación simbólica de la vida y de la cultura y de mi vida en su *colere* y servicio.

De ahí que lo que escribo esté preñado de mi precomprensión, comprensión y autocomprensión de la vida y de los textos, en este caso, la medicina y el hospital, desde un sentido humano y cristiano como ejercicio del ágape en todas sus dimensiones. Espero no renunciar nunca a esta hermenéutica del ágape como servicio y donación, como amistad y gozo del que se dona sin recibir; al fin y al cabo y lo aprendí después leyendo a Aristóteles: es mejor dar que recibir. Esta virtud del dar dándose ya la había aprendido de mi padre médico y de tantos otros médicos con quienes en la vida y el dolor me he encontrado; hoy la expreso en una categoría griega: *epimeleia*. Poco importa la traducción; *epimeleia* es cuidado de sí (ética), cuidado de los otros (política), cuidado de las cosas (ciencia) y cuidado de lo divino (religión). La medicina como *epimeleia* es cuidado del otro en sus pliegues y despliegues mundanos, humanos y sacrales, es decir, en su totalidad como *physis-prosopon*: *Naturaleza y persona*, rostro del Dios de Jesucristo.

RODEO PAREMIOLÓGICO

He sido un apasionado de los refranes, dichos, exageraciones, aforismos, idiotismos, apotegmas, aforismos... La razón es muy simple: veo en estas expresiones unidades conceptuales y comunicativas que, en su densidad expresiva,

desvelan un sentido profundo, esencial y radical de la vida y sus mediaciones simbólicas como cultura. No hay cultura en ninguna etnia que no haya condensado en simples, que no simplistas, mediaciones semánticas sus experiencias del hombre, del mundo y de Dios, así como de sus relaciones mutuas. Un refrán es así un compendio de sabiduría en el sentido radical de la expresión: manifestación de un saber pensar, saber vivir y saber hacer que dota de sentido cualquier circunstancia humana; de ahí la riqueza y esplendor significativa del refrán y su uso frecuente y cotidiano como punto de referencia en toda circunstancia en el diálogo yo-circunstancia, en el sentido denso que Ortega y Gasset le dio en su célebre lema filosófico: *“yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella, no me salvo yo”*. Para cualquier circunstancia, todos tenemos un refrán a flor de labios para referirnos a ella y con bipolaridades de contrariedad dignas de admiración; el refrán mora así en lo que desde los griegos es el motor de la cultura: el *pólemos como contrariedad y oposición*. Los ejemplos abundan; recuerdo dos para referirme a la tríada hombre-mundo-Dios. Hay un refrán típicamente providencialista: *al que madruga Dios le ayuda*; hay otro manifiestamente antiprovidencialista: *no por mucho madrugar amanece más temprano*. Es que el refrán plasma la esencia de toda cultura: contrariedad, oposición, contradicción, bifrontalidad, conflicto..., que la vida humana debe intentar regular en lo que Heráclito denominó la *coincidentia oppositorum*. Esta contrariedad se pone también de relieve para referirse a la medicina y al hospital desde las paremias. Pongamos ejemplos dignos de ser resaltados o cuestionados o tirados a la basura o reducidos a basura sin derecho de reciclaje.

De la mancebía a la iglesia, una legua; de la mancebía al hospital, cuatro pasos nada más. Mancebía es casa pública de prostitución. Su sentido no necesita comentario: una vida llevada desde excesos y ausencias de cuidado y prevención termina en el dolor y la enfermedad con todas sus consecuencias en tanto experiencia límite de la vida misma. Lo podemos explicar con otro refrán: *quien pone un pie en el burdel, en el hospital pone otro pie*.

De los leales, se hinchan los hospitales. Expresión gráfica de la condición humana: a

las personas honradas y serviciales se les deja casi siempre abandonadas a su suerte cuando caen en desgracia.

De planes que no cuajan y cuentas que no salen, se llenan los asilos y los hospitales. La falta de previsión y el desorden en los manejos económicos y de la salud tienen sus implicaciones; otra paremia nos lo explica mejor: *gastar, beber y no pagar, es el camino para el hospital.*

El desorden lleva al hospital a los hombres. Es ratificación del refrán comentado antes. En el momento en que la paremia aparece se refería a las enfermedades venéreo-sifilíticas, las de origen tóxico y alcohólico y muchas otras; hoy se tiene necesariamente que aludir a la peste del siglo: el sida. Es que: *ricos la virtud hace, y el vicio puebla hospitales.*

En el hospital, cada uno llora su mal. El hospital es signo de dolor, enfermedad, dificultad...; estas experiencias, como experiencia límite de la vida, son un duro cuestionamiento al sentido de la vida y su finitud radical como labilidad; estamos tocados por la muerte, el dolor, el crimen, la sexualidad, la demencia, la caída, el abismo, el sin sentido del sentido. Ante esta originaria condición humana que las religiones de todas las culturas han expresado bajo el fascinante y terrible mito de la caída original, el hombre se queda sin respuesta y cae en el pozo de la no respuesta: somos el profundo abismo de la búsqueda sin hallazgo ante el dilema de la existencia humana y su significación. El hospital desencadena esta meditación sobre la muerte y el dolor como signos de contradicción y finitud.

En la cárcel y en el hospital, se conoce la amistad. Ante el abismo de la enfermedad, de las dificultades vitales, sólo la amistad se yergue como una posibilidad llena de esperanza y sentido. Bien lo sabía Agustín de Hipona: *“¿qué consuelo nos queda en una sociedad humana como ésta, plagada de errores y de penalidades, sino la lealtad no fingida, y el mutuo afecto de los buenos y auténticos amigos?”*¹

Lo que sana a la boca, enferma a la bolsa. He aquí el dilema de la medicina: la salud es

una cuestión muy costosa; es tal su temible desembolso económico que es mejor no enfermarse o morir. Expresado con otro refrán: *a los médicos no les cuestan los medicamentos.* Hoy habría que agregar: a las multinacionales de los medicamentos y sus franquicias y patentes, la rentabilidad se les revela tan alentadora y benéfica que la salud es sólo el pretexto para ganar y enriquecerse en aras de la investigación en su amor por la humanidad.

Cuando el enfermo va a las boticas, una persona pobre y dos ricos. La persona pobre es el enfermo; las ricas, el médico y el boticario. Otra paremia lo encuadra mejor: *cuando los enfermos claman los médicos ganan.* Sin pretensiones de críticas, parece que a mayor abundancia de enfermedades, mayor lucro para los que tienen que ver con ellas. De ahí esta paremia tan sabia: *cuando el enfermo dice ¡ay! diga el médico ¡day!* Es una sátira contra todos los sistemas de salud que anteponen el vil lucro al sagrado cumplimiento del deber de servicio.

RODEO ETIMOLÓGICO

Desde mi contacto con las etimologías de Isidoro de Sevilla siempre me han apasionado, provocado e incitado las etimologías. Si bien es cierto que la etimología de una palabra siempre es incierta y no resuelve el problema de su significado, coincido con Isidoro cuando piensa que: *“su conocimiento y uso muchas veces es necesario, porque, si sabes de dónde procede un nombre, conoces mucho antes toda la fuerza del vocablo. Pues es mucho más fácil el conocimiento del objeto, conocida la etimología de su nombre”*². La etimología, pues, nos da a conocer la fuerza de la palabra. Hagamos el ejercicio con medicina y hospital. Medicina, según el profesor Tomás Cadavid Restrepo, se deriva de *medicor-ari: curar*. De ahí su conclusión: *“ciencia y arte de preaver y curar las enfermedades del cuerpo humano”*³. Isidoro de Sevilla, en cambio, hace otro ejercicio hermenéutico: *“<medicina>deriva su nombre de*

¹ *La ciudad de Dios* XIX, 8

² *Etimologías* I, 29, 2

³ *Raíces griegas y latinas*. Bogotá: Editorial Litografía Colombia, 1942, p. 286. La misma etimología se halla en: BARCÍA, Roque. *Sinónimos Castellanos*. Buenos Aires: Editorial Sopena, 1940, p. 225

<medida> (*modus*), es decir, de la moderación⁴; con ello el Hispalense lo que quiere plantear es que la templanza en el tratamiento de las enfermedades es la condición de la restauración de la salud, pues el beber pócimas y antidotos en exceso, acarrea más enfermedades: “la consecuencia de todo exceso no es la salud, sino el peligro de la misma”⁵. De ahí que la finalidad de la medicina sea: “proteger y restaurar la salud del cuerpo”⁶. Los profesores Raimundo de Miguel y el marqués de Morante, por otro camino, la derivan de *medeor-eri*: *medicinar, curar, cuidar, ser bueno contra, servir de remedio, remediar, reparar, aliviar*⁷. Los mismos autores derivan *medeor-eri* del griego *médo* o *medéo* que significa *gobernar*⁸. Consultado el *Greek-English Lexicon* de Henry George Liddell y Robert Scout hallamos que *médo* significa *proteger, gobernar, reglar, dirigir, mandar, imperar, proveer, surtir, proporcionar, atender, cuidar*⁹. El profesor M. Rodríguez-Navas, además de derivarla de *medeor=curar*, la deriva también del griego *medesthai* con el significado de *tener cuidado, asistir*¹⁰. Una expresión de Cicerón nos resume muy bien todas estas posibilidades etimológicas: “la prudencia es el arte de la vida, como la medicina es el arte de curar, y el pilotaje el arte de gobernar una nave”¹¹.

Poco importa cuál de las etimologías sea la verdadera; imposible saberlo; son ejercicios hermenéuticos y como tales ciertos y fundados puesto que dan razones de su por qué y de su derivación etimológica. Pero de este ejercicio hermenéutico resulta algo claro: la medicina cura en cuanto atiende, cuida, protege, sirve, asiste, es decir, más que el curar su sentido es el cuidar y tener cuidado; es lo que antes anotábamos al hablar de la *epimeleia* y su verbo *epimeleisthai*: *cuidado, solicitud, dedicación, atención,*

diligencia, dirección, gobierno, sustantivos que conjugan su respectivo verbo y dan como resultado: *cuidar, preocuparse, estar encargado de, estar al frente de, tener a su cargo, cultivar, aplicarse, dedicarse, cuidar con todo cuidado*, es decir, **servir**. Así, la etimología nos devuelve a lo que servía de introducción a mi reflexión: ser médico es ser servidor de la humanidad en su experiencia límite del dolor y la enfermedad.

Pasemos ahora a hospital. El ya citado profesor Tomás Cadavid Restrepo lo hace derivar de *hospes-tis, huésped* y concluye: “casa para la curación gratuita de los enfermos”¹². El hispalensis hace la siguiente etimología de *hospes*: “así llamado, porque introduce el pie tras la puerta (*ostium*). El *hospes* o *huésped* es el que encuentra la puerta abierta, fácil y acogedora, de ahí que se hable de un hombre hospitalario”¹³. Si unimos ambas etimologías resulta que el hospital es el lugar abierto, fácil y acogedor para la curación gratuita de los enfermos. Oigamos de nuevo a Isidoro: “cuando Antíoco asediaba Jerusalén, Hircano, príncipe de los judíos, abriendo el sepulcro de David extrajo de él 3.000 talentos de oro y entregó 300 a Antíoco para que levantara el cerco de la ciudad. Y para quitar toda sospecha a su acción se dice que, con el dinero restante, fue el primero que abrió un hospital en donde tuvieran cobijo los pobres y los peregrinos. *Xenodojeion*, pasado del griego al latín, significa asilo de peregrinos. El lugar en el que encuentran albergue los enfermos recogidos por las calles se denomina en griego *nosokomeion*. En él son atendidos los pobres e infelices, consumidos por las enfermedades y el hambre”¹⁴. Esta reflexión isidoriana nos lleva a nosocomio; su etimología no es otra que *nósos, enfermedad* y *koméoo, cuidar*. Es el hospital como lugar donde se cuida la enfermedad.

⁴ *Etimologías* IV, 2, 1

⁵ *Etimologías* IV, 2, 1

⁶ *Etimologías* IV, 1, 1

⁷ *Nuevo Diccionario Latino-Español etimológico*. Madrid: Agustín Jubera, 1887, p. 561-562.

⁸ *Ibid.*, p. 561.

⁹ Oxford: Clarendon Press, 1958, p. 1089

¹⁰ *Diccionario Completo de la lengua Española*. Madrid. Casa Editorial Calleja, 1876, p. 971

¹¹ Citado en: BLÁNQUEZ FRAILE, Agustín. *Diccionario latino-español*. Barcelona: Editorial Sopena, 1961, p. 1029

¹² *Op. Cit.*, p. 272. En la nota aclaratoria a esta explicación etimológica y citando a Littré, agrega que los hospitales datan del siglo IV de la era cristiana (p. 338)

¹³ *Etimologías* X, 196

¹⁴ *Etimologías* XV, 3, 13

Nósos es enfermedad, epidemia, demencia, locura, pus, mal, desgracia, sufrimiento, vicio, falta, pasión; *kómeoo* es cuidar, alimentar, educar, introducir, llevar a lugar seguro, recoger, salvar, conducir, transportar, llevar, acoger, dar hospitalidad.

Las etimologías hechas nos revelan que el hospital es el lugar que acoge y da hospitalidad al que padece de males y enfermedades, y que este lugar, por ser hospitalidad, es gratuidad en su sentido de donación y servicio, sin descuidar el correcto manejo de lo económico como medio para dicha gratuidad servicial. Este ejercicio hermenéutico sirve para que se desenmascaren los perversos usos de lo que en sus orígenes significó hospitalidad, convertida no en acogida ni donación, sino, para decirlo con otras paremias, en: *Interés cuánto valés. El amor y el interés comen juntos en un plato; el amor come por horas y el interés a cada rato. Por dinero baila el perro y por el oro amo y todo. El dinero gobierna el mundo. Poderoso caballero es don dinero.*

RODEO HISTÓRICO

La racionalidad ilustrada nos ha trasmitido una imagen no sólo muy peyorativa y negativa del Medioevo sino llena de una tonalidad de desprecio; todo lo que hicieron los medievales cristianos, sus saberes, quehaceres y creencias son *sterquilinium, faetida excrementa, squalor*; la medicina no pudo escapar a esta interpretación y se ve como estercolero, fétidos excrementos y heces; el enfermo es un poseído del demonio y la mejor forma de curarlo es someterlo al exorcismo para expulsarle sus incubos y súcubos y el pecado que mora en su cuerpo y alma, causa de sus dolencias. Es posible que muchos medievales estuvieran persuadidos de este imaginario; pero hay otros imaginarios, muy ajenos a los descritos por los ilustrados, ya que la Edad Media es una polifonía y una polisemia de imaginarios plurales, múltiples y de cargas semánticas preñadas del diferir de las diferencias. Estos otros imaginarios es lo que pretendemos poner de relieve con este rodeo histórico. Lo primero que queremos recordar es que en español antiguo, hospital era un adjetivo que significaba afable y caritativo con

los huéspedes, no un establecimiento médico; ya el rodeo etimológico hecho nos ha puesto en contacto con este significado, incluso para el hospital; en los orígenes, hospital era el refugio para indigentes y viajeros, casa de hospitalidad, casa de Dios, casa de los necesitados, asilo de los pobres enfermos, un convento, una villa, un edificio particular; en estas manifestaciones se ponía el acento sobre el ágape-caridad como manera de regular las relaciones sociales con los otros, en especial con los que el Evangelio denominó los pequeños, los últimos, los aplastados por el poder y su dominación; un hospital era la puesta en escena del amor como motor de la historia y de la cultura; de ahí el sentido religioso del acto hospitalario, horizonte de comprensión que desaparece con las revoluciones burguesas de la modernidad y su sentido laicizante, secular y radicalmente negativo contra el cristianismo y la Iglesia. Este sentido religioso y amoroso del hospital se reflejaba incluso en su forma arquitectónica: imitar las construcciones dedicadas al culto: tipo basilical o tipo cruciforme; las salas mismas, como en el célebre Hôtel-Dieu de París, recibían nombres tomados de la hagiografía cristiana: sala de Santo Tomás, San Dionisio, San Cosme, San Juan, San Agustín, Santa Marta, San Carlos, San Antonio, Santiago... Este carácter religioso y amoroso le daba sentido a las funciones hospitalarias: receptáculo de males y miserias, enfermedades, miasmas y dolores como experiencia límite de la condición humana y su finitud tocada, según ese delicioso lenguaje teológico medieval, por la caída original y la serpiente hermeneuta con sus bipolaridades de ascenso y descenso, dolor y alegría, vida y muerte, salud y enfermedad, contingencia y ansia de infinito y salvación. En el hospital edificio debe leerse la presencia de Dios y del mal como experiencias radicalmente humanas y llenas de interrogaciones y como problema inscrito en la misma condición lábil del hombre; San Jerónimo data el primer hospital cristiano vivido desde la hermenéutica descrita en el año 380 de nuestra era, mandado a construir por Fabiola, dama distinguida por su piedad asumida desde el ágape. De ahí que para cuidarlos se creen diversas clases de religiosos y religiosas, entre las cuales sobresalen los

hospitalarios, los begardos, los canónigos de la santa Cruz, la orden de San Juan de Dios, los Camilos, las instituciones de San Vicente de Paúl, cuyo oficio era cuidar a los enfermos desde la hospitalidad gozosa del ágape. Este sentido del ágape hospitalario es una realización del acto caritativo, no en la perspectiva perversa de la palabra: dar de lo que sobra, sino en el sentido radical evangélico: donación frutiva y amorosa de lo que se es, tiene y sabe. Tan radical era el sentido de los hospitales como ágape, que el emperador Juliano piensa que son estas instituciones preñadas de caridad las que contribuyeron a la expansión del cristianismo; de ahí que su proyecto de erradicar el cristianismo y volver a la *Paideia-Humanitas* como ideal cultural tenga una clave de bóveda: llenar el Imperio de hospitales como signo de la *phylía en tanto filantropía*, pero no del ágape como expresión de la opción primigenia del Evangelio. Es que para la reflexión cristiana medieval la hospitalidad como expresión del ágape es una virtud o forma de vida como hábito que se ejercita con peregrinos, menesterosos, enfermos y desvalidos, la suciedad de la sociedad, a los que se recoge y se les presta asistencia en sus necesidades y agonías; de ahí su representación iconográfica: la hospitalidad tocada de ágape es una matrona que acoge benévola a peregrinos, cuyos atributos son la copa, el cuerno de la abundancia y el pelícano, leídos desde el rostro del otro como signo del rostro de Dios. Los medievales a la hospitalidad también la llaman beneficencia que para nosotros ha perdido su connotación etimológica: *bene facere=hacer el bien*; este hacer el bien al otro desplegando nuestras posibilidades henchido de ágape-amor nos convierte en servidores, incluso en las relaciones de capital como algo necesario en todo proyecto humano y médico que debe ser congruamente manejado

Buen signo de lo anterior es San Vicente de Paúl; el hospital universitario de nuestra ciudad lleva su nombre y sus pabellones todavía recuerdan la hagiografía cristiana; es, si se puede decir así, *almus pater: padre fecundo* de casi todas nuestra instituciones hospitalarias; recordemos la vida, obra y pensamiento de San Vicente para que este nombre no sea un mero

"flatus vocis" como sonido articulado por las vibraciones de las cuerdas vocales, sino que sea un signo que haga resonar la tríada significativa, significado y referente, *vox, concetus, res*, en la terminología medieval. Vicente vive entre 1581-1660. Es la transición del siglo XVI al siglo XVII: guerra de los 30 años, noche de San Bartolomé, guerra de la Fronda, guerra de España y Francia, política de Richelieu y Mazarino, Enrique IV de Navarra con su *"París bien vale una misa"*, el edicto de Nantes que concedió libertad a los hugonotes pero acrecentó la tensión Roma-Francia, la reina Margot, la reina María de Médicis, Luis XIII que manda pero no gobierna, el jansenismo y sus tesis teológicas... Son siglos de hambre, peste, muerte, miseria, enfermedad, desolación, caos, desorden. Ante este aquí y ahora, Vicente lanza su consigna: *"los pobres y los miserables, los enfermos...son nuestros señores y nuestros maestros, y cada uno de ellos te muestra las llagas del Crucificado"*. Para ello, crea las cofradías de la caridad, las hijas o hermanas de la caridad, los padres de la misión, las damas de la caridad; la sociedad San Vicente de Paúl fue fundada por Federico Ozanán en París en 1883 siguiendo el espíritu de Vicente. Este espíritu no es otro que ver en los desplazados por los conflictos y guerras, en los enfermos y adoloridos el rostro viviente del Dios de Jesucristo; este rostro viviente no es otro que el amor como ágape tal como nos lo describe Pablo en su bello poema de la caridad: *1 Co 13, 1-13: "la caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta"*. La expresión paulina para servicial es *chresteúetai*. Esta expresión significa servicial en el sentido de bueno, honesto, servidor, propicio, que genera confianza, bondadoso, amable, atento, digno, decoroso, recto, gentil, clemente, de buen corazón, indulgente, suave. La *Vulgata* la traduce por *benigna: Caritas benigna est: la caridad es benigna*. El adverbio *benigne* remite a *benignamente, amorosamente, afectuosamente, liberalmente, suavemente, dulcemente, mutuamente, abundantemente, indulgentemente, clementemente*; el sustantivo

benignitas hace alusión a benignidad, afabilidad, blandura, suavidad, inclinación a hacer el bien; el adjetivo *benignus, a, um* significa *benigno, afable, templado, suave, compasivo, blando, amoroso, inclinado a realizar el bien, pródigo, fértil, agradable, fecundo, humano, alegre*.

Este breve rodeo histórico nos trae una tesis fundamental: la medicina como servicio desde el ágape es una entrega benigna desde el ser, el saber y el tener a quienes viven la experiencia radical del dolor y la enfermedad. Servicio viene del latín *servitium*, que remite a esclavitud, servidumbre en el sentido económico de la palabra; si resemantizamos este sentido económico, servicio es ser siervo y esclavo de quien está a nuestro cuidado en su dolor y agonía;

esta resemantización nos la permite el verbo *servo-are*, cuyo participio es *servus, a, um*; su significado es contundente: *guardar, conservar, preservar, librar, cumplir, atender a, observar con atención, examinar un signo, ser centinela, arreglar, ser fiel, ser amigo, ser decoroso, cuidar, custodiar*. Así, la medicina como servicio debe conjugar los verbos anteriores para que sea ágape y amor en la entrega graciosa a quienes solicitan su cuidado y afabilidad.

PARTE 2

- Isidoro de Sevilla e Hildegarda de Bilgen.
- Los santos Cosme y Damián
- En diálogo con Hans-George Gadamer
- Epílogo